

GLOBALIZACIÓN UNA NUEVA ILUSIÓN: Crisis de la economía, de la sociedad y del Estado

Pedro Vicente Castro Guillen:
*Historiador, Economista
Especialista en Finanzas,
Doctor en Ciencias Sociales
Profesor Asociado de la
Universidad Central de Venezuela*

Resumen

Si algo caracteriza al mundo actual es su rostro absolutamente contradictorio, fragmentado, en donde el extravío y la perplejidad se han vuelto los elementos principales, resultado y consecuencia de la visión sobre los acontecimientos. De ahí, que el concepto de globalización se convierte en el intento de representación hegemónica sobre los sucesos y los desarrollos que hoy se acumulan de manera acelerada en el escenario internacional, contribuyendo a la imagen caótica que se despliega a lo largo y ancho del planeta. La trama ideológica de la globalización tiene que ver con la lectura del conjunto de transformaciones del capitalismo a finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, que erosionaron las reglas de funcionamiento del Sistema Económico Internacional surgido de Bretton Wood. Estas transformaciones son presentadas bajo una visión fundamentalista que está ejerciendo una considerable influencia, no sólo en el diseño de estrategias económicas de todos los países del primer, segundo y tercer mundo, sino también en el nuevo rediseño de las sociedades: Estados-nacionales, Sistema de Relaciones Internacionales y Sistema Económico Internacional. La ponencia que presentamos es una reflexión sobre la ética, política, y la democracia en el marco de la globalización, como nueva cosmovisión y filosofía de la historia que se nos vuelve a presentar como la panacea de todos los problemas de la humanidad, sólo basta que la abracemos sin ambages, sin crítica. Para ello nos preguntamos qué representa exactamente este nuevo talante ético del progreso globalizante; es superación del capitalismo? O es nueva arremetida del capitalismo? qué podemos esperar de ella los países de América Latina?

Introducción

La globalización sin duda caracteriza la atmósfera intelectual de nuestro tiempo; todo lo que hoy se plantea en materia de acción económica, social, política y cultural a nivel mundial, se hace en su nombre. Así, la globalización se ha convertido en el nuevo proyecto cultural de Occidente. Los países desarrollados, con los Estados Unidos a la vanguardia, han aceptado e impulsado el proyecto globalizador a través del comercio, la tecnología, la producción, las finanzas, las comunicaciones, la política y la cultura, como la nueva fórmula para superar los problemas seculares de las sociedades modernas. Sin

embargo, el resultado ha sido un cúmulo de dificultades en el funcionamiento de la economía globalizada, con su secuela de crisis financieras y de balanza de pagos, que rebotan de un continente a otro, con sus efectos brutales de estanflación, desempleo y pobreza. A esto se agrega la aparición inesperada de situaciones políticas internacionales que se creían superadas, como el actual clima de *Guerra Fría* que invade al mundo tras el anuncio de los Estados Unidos de revivir el proyecto “*Guerra de las Galaxias*”. Retrotraen paradójicamente las expectativas optimistas sobre la globalización a un clima en el que ella misma constituía su superación: la vuelta a una economía mundial sobre la cual se enseñorea un clima de “*Gran Depresión*” y *Guerra Fría*. Esto obliga a hacer una discusión sobre la globalización que permita esclarecer su carácter ideológico, así como su efecto sobre la economía y la sociedad a finales del segundo milenio.

A qué se llama globalización

La globalización es una nueva edición por el neoliberalismo de la teoría del progreso, una revitalización del proyecto capitalista, que intenta darle una respuesta a las transformaciones del mundo de Bretton Wood, ocasionadas por el punto de inflexión del ciclo económico que iniciara su fase de auge a partir de la segunda postguerra y que a finales de la década de los sesenta comenzaría su fase de caída. En este sentido, encarna también un programa de transformaciones de las sociedades tardo modernas bajo la hegemonía de los Estados Unidos¹.

La globalización es la vuelta a la vieja ficción del libre mercado como mecanismo automático de regulación social, con la que se transformó la sociedad inglesa del siglo XIX,

¹ Esto lo plantea John Gray, con toda claridad: “Alcanzar una transformación semejante es actualmente el objetivo primordial de organizaciones transnacionales como la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Para avanzar en este proyecto revolucionario, estas organizaciones siguen el liderazgo del último gran régimen ilustrado del mundo: Los Estados Unidos.” *Falso amanecer los engaños del capitalismo global*. España, Editorial Paidós, 2000, p. 12.

cuyo objetivo era liberar la vida económica del control social y político y la destrucción y/o obstaculización de las regulaciones sobre la fuerza de trabajo, la tierra (conservación/destrucción ecológica) y el dinero, es decir, el abandono de la necesidad de mantener equilibrios sociopolíticos, como formas de proteger un nivel de convivencia civilizada. La meta de la sociedad victoriana se asemeja a la de la sociedad actual: demoler los mercados sociales (laborales, leyes ecológicas, desregulación indiscriminada del comercio, desregulación de los mercados financieros, en donde se juzga al dinero como una mercancía cualquiera y no como una institución social con fuertes repercusiones sobre la industria y el comercio) y reemplazarlos por mercados desregulados que deben operar con independencia de las necesidades sociales².

Esta revitalización del principio de regulación automática de la sociedad, por el mecanismo de la *mano invisible* del mercado, recupera también la concepción del Estado mínimo, donde deben desaparecer todas las “trabas” o regulaciones estatales sobre la economía y la sociedad; sobre la base de privatizaciones masivas e indiscriminadas de los sectores y activos económicos en poder del Estado, aperturas unilaterales del comercio exterior, desregulación del mercado laboral, garantías irrestrictas a la inversión privada nacional y extranjera (tratado multilateral de inversiones), privatización de lo social, sistemas de pensiones y jubilaciones, educación, salud, con lo cual toda la concepción del Estado de Bienestar se evapora en este sueño reanimado del liberalismo.

Pero esta concepción del Estado mínimo conduce a un vaciamiento extremo del sentido del Estado como sistema de regulación de la convivencia social, ignora los graves problemas que genera una sociedad que se ha vuelto tremendamente compleja y de alta incertidumbre. Interpretar la crisis, que sin duda se incuba en el seno del aparato estatal, la

² *Idem.* p.11-12

crisis del Welfare State, en las sociedades desarrolladas y en el Tercer Mundo, en América Latina concretamente; como la necesidad de minimizar el sistema de inmunológico que las sociedades crearon para enfrentar la tendencia a la crisis, que es innata del sistema capitalista, reconocida por todos los pensadores desde Smith hasta J. Schumpeter y más acá, en aras de una supuesta autoregulación social, que pasa por alto el propio desarrollo y desenvolvimiento incierto del capitalismo tardío no es más que una peligrosa e interesada ilusión alimentada por los interés del capitalismo transnacional y financiero.

Así como el pensamiento económico ha sufrido un retroceso hacia el simplismo y el mecanicismo encarnados por el monetarismo neoliberal, en el pensamiento político se ha producido un equivalente de este proceso. No sólo al pensar que una sociedad compleja puede ser gobernada por un Estado concebido como mero mecanismo administrativo, donde todo lo demás, incluida la justicia, se resuelve en mercados de subasta propios de mercados económicos, sino al creer que las sociedades actuales en pleno proceso de transformación pueden ser construidas por el mecanismo simple de reglas formales y neutras, donde la participación de las personas queda reducida al mínimo establecido por las normas electorales. Fukuyama lo plantea de la siguiente manera:

“Al juzgar qué países son democráticos emplearemos una definición estrictamente formal de la democracia. Un país es democrático si sus habitantes gozan del derecho a elegir su propio gobierno mediante elecciones periódicas, en votación secreta y con multiplicidad de partidos, por medio del sufragio adulto universal e igual. Es cierto que la democracia formal sola no siempre garantiza una participación igual ni todos los derechos. Los procedimientos democráticos pueden manipularse por élites y no siempre reflejan con fidelidad la voluntad o el interés verdadero de las personas. Pero si nos apartamos de una definición formal, abrimos la posibilidad de abuso infinito del principio democrático”³

Esto por supuesto implica una liquidación de cualquier concepción avanzada de la democracia y nos regresa a una concepción primitiva de la libertad y la democracia, que queda reducida a la libertad de contratos que ya fuera denunciada por Polanyi, como parte

³ Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*. Colombia, Planeta, 1992, p. 80.

de la crisis y posterior liquidación de las sociedades liberales del siglo XIX⁴. Esta reducción de la democracia que adopta la libertad de comercio como criterio último de garantía es expresada de manera clara por Francis Fukuyama, de la siguiente manera:

“Ha sido práctica común de los países socialistas presionar por el reconocimiento de derechos económicos de segunda y tercera generación, como el derecho al empleo, a la vivienda, o a la atención sanitaria. El problema de una lista tan amplia es que el logro de esos derechos no es claramente compatible con otros derechos como los de propiedad o de libre intercambio económico...Los Estados que protejan esos derechos económicos [propiedad y empresa privada] deben considerarse liberales; los que se les oponen o se basan en otros principios (por ejemplo, el de la ‘justicia económica’) no son liberales.”⁵

Queda claro que estamos frente a una concepción de la democracia claramente excluyente, que no sólo no debe desarrollarse, sino que no es deseable, o como plantea el propio Fukuyama al comienzo de su libro: “No es posible mejorar el ideal de la democracia liberal”⁶, es decir, una democracia que alcanza su máximo nivel en el deseo consumista y el vacío de valores. De ahí que la crítica realizada por Perry Anderson a Fukuyama, nos parece de gran claridad, en tanto que toca el núcleo central de asunto respecto de la promoción mundial que se hace de la democracia liberal: esta es puramente formal y no puede poseer ningún contenido real, ninguna sustancia⁷. Con esto tiene razón Fukuyama, si la humanidad aceptara ese concepto vacío y la práctica de la democracia liberal, podía constituir el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, pues ella está libre de

⁴ Polanyi, Karl, *Idem.* pp. 254-256. “Con el liberal, la idea de libertad degenera así en una mera defensa de la libre empresa, reducida ahora a una ficción por la dura realidad de los carteles y monopolios gigantescos. Esto significa la plenitud de la libertad para aquellos cuyo ingreso, ocio y seguridad no necesitan ser incrementados, y una mera migaja de libertad para el pueblo, el que en vano tratará de usar sus derechos democráticos para protegerse contra el poder de los propietarios...Pero el poder y el valor económico son un paradigma de la realidad social. No derivan de la volición humana; en relación con ellos, resulta imposible la falta de cooperación. La función del poder consiste en asegurar el grado de conformidad necesario para la supervivencia del grupo; su fuente última es la opinión. ¿Y quién podría dejar de tener opiniones de una clase u otra? El valor económico asegura la utilidad de los bienes producidos; que debe existir antes de la decisión de producirlos; es un arreglo fijo de la división del trabajo. Su fuente es la necesidad y la escasez humana. ¿Y cómo podría esperarse que no deseáramos una cosa más que otra? Toda opinión o todo deseo nos hará participar en la creación del poder y en la constitución del valor económico. No es concebible ninguna libertad para hacer otra cosa.”

⁵ Fukuyama, Francis, *Idem.* p. 79-81.

⁶ *Idem.* p. 11.

⁷ Anderson, Perry, *Los fines de la Historia.* Barcelona, Editorial Anagrama, 1992, p. 138.

contradicciones interna fundamentales⁸. Lo formal como sabemos no admite contradicciones, y como parte de las tesis de Hegel, el movimiento sólo es posible a partir de las contradicciones. Pero la dinámica social de fin de siglo y comienzo del nuevo milenio están contradiciendo nuevamente (porque la ampliación de la democracia ha sido un movimiento indetenible desde la gran Revolución Francesa) la tesis de la congelación de la discusión democrática, en el mero formalismo propuesto por la globalización neoliberal.

Este planteamiento acerca de la democracia liberal y el Estado mínimo, como no intervencionismo, enmascara uno de los problemas centrales de la contemporaneidad, como es el hecho del papel del Estado en la transformación de las sociedades, desde el origen mismo de las sociedades capitalistas. Y más recientemente, a la luz de los estudios comparados sobre las transformaciones de las sociedades asiáticas en sociedades en proceso de industrialización avanzada, no cabe duda del peso y responsabilidad del Estado en esas transformaciones, como sucedió y sucede en todos los países de América Latina, caso de Brasil, para sólo anotar un ejemplo. Pero más importante aún, de cara al argumento de Fukuyama, debemos destacar que no hay tal conducta neutra del Estado en los procesos de transformación neoliberal de las sociedades latinoamericanas. En países como Chile⁹ la liberalización se hizo por la vía brutal y autoritaria de la dictadura de Pinochet, al igual que en Argentina con la Junta Militar. También en México fue un proceso conducido por el

⁸ Fukuyama, F., *Idem.* p. 11.

⁹ El caso chileno es emblemático respecto de esta situación y como los neoliberales no hacen problemas éticos, cuando el Estado opera a su favor. F. A. Von Hayek, en declaración al periódico de Chile, *El Mercurio*, del 19 de abril de 1981, en plena euforia de la dictadura de Pinochet, dijo lo siguiente: “Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen al mantenimiento de vidas, no al sustento de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto las únicas reglas morales son las que llevan al ‘cálculo de vidas’: la propiedad y el contrato.” Citado por Carlos Kohn W. En su artículo “*Presupuestos para una crítica a la teoría liberal de la democracia*” en Alujas y Duarte (compiladores), *Ética y democracia*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana/Fundación Juventud y Cambio, 2000, p. 146.

Estado, sólo por poner los ejemplos más notables. El Estado es un poderoso instrumento de transformación porque posee el control de las relaciones sociales de poder, y en este sentido está imposibilitado de jugar un papel aséptico. El propio Fukuyama tiene plena conciencia de ello:

“El empleo del poder dictatorial del Estado para quebrar el dominio de grupos sociales establecidos no es exclusivo de la izquierda leninista; su uso por regímenes de derechas puede abrir el camino hacia la economía de mercado y, por tanto, a niveles más altos de industrialización...Si una dictadura moderna emplea la coacción para acelerar estos procesos, y al mismo tiempo resiste a la tentación de transferir recursos y poder de una clase terrateniente tradicional e ineficiente a un sector público o estatal igualmente ineficiente, no hay razón para que se la considere económicamente incompatible con las normas modernas de organización económica “postindustrial”.¹⁰

Este párrafo sin duda constituye una santificación del uso de la violencia del Estado siempre que se use para transformar la sociedad en una sociedad liberal, tal como la ha postulado por el autor antes citado. No se trataría, entonces, de condenar la intervención del Estado de una manera universal, sino de proscribir sólo un tipo de intervención que aparte las sociedades de los fines propuestos por el neoliberalismo. Esta mentalidad dicotómica ha sido típica del pensamiento liberal, que siempre se ha servido negándolo del Estado en la conformación y desarrollo de las sociedades capitalistas, con lo cual han sido “ciegos” al papel del Estado en la conformación de la modernidad. Como bien observamos en Polanyi, en su análisis del surgimiento de las sociedades de *laissez-faire*:

“El *laissez-faire* no tenía nada de natural; los mercados libres no podrían haber surgido jamás con sólo permitir que las cosas tomaran su curso. Así como las manufacturas de algodón -la principal industria del libre comercio- se crearon con el auxilio de aranceles protectores, los subsidios a la exportación y los subsidios indirectos a los salarios, el propio *laissez-faire* fue impuesto por el Estado.”

Esto también nos permite plantear la contradicción que siempre se produce entre liberalismo y democracia; el avance de las sociedades de libre mercado siempre ha significado una amenaza a la democracia y es por ello que el neoliberalismo siempre ha planteado, como lo vimos anteriormente, que la única manera de que ambos coincidan es en

¹⁰ Fukuyama, *Idem*. p. 180.

concepción estrecha y formal. Esto surge muy claro de los estudios de I. Wallerstein, sobre la Economía-mundo capitalista, cuando nos dice que: “La demanda de ‘democratización’ no se plantea sólo a los estados autoritarios sino también a los Estados liberales, porque en realidad el concepto de estado liberal no fue inventado para impulsar la democratización sino para impedirla”¹¹. Porque en realidad en la práctica la defensa meramente formal de la democracia y el Estado mínimo, que postula el neoconservadurismo, se ha convertido en una clara movilización del aparato estatal a favor de los grupos económicos más fuertes: los grupos de empresas transnacionales y el capital financiero internacional. Las reformas hacia la nueva economía desregularizada ha sido el resultado de la acción del Estado. Éste no se ha adelgazado y, lejos de ser imparcial, ha tomado partido. Tal cosa ha ocurrido no únicamente en los países periféricos sino también en los centrales. Como plantea Víctor Flores Olea:

“Por lo demás, sobre el anacronismo insostenible de esta vuelta al pasado, el neoliberalismo ha hecho tabla rasa de las experiencias políticas y sociales de los últimos dos siglos, refugiándose en un *abstracto* principio democrático y en el postulado de que la acción particular en el mercado y la “mano invisible” son capaces de resolver los problemas de la sociedad compleja de este tiempo, llena de contrastes y contradicciones. Se trata, como es fácil de ver, de una ‘visión política’ regresiva que ha eliminado la cuestión sustantiva de la *legitimidad* democrática y que se conforma con la *legalidad* externa y formal de los procesos legales y electorales de su actuación. El problema del *contenido* real de la política, de la *sustancia* efectiva y de la *orientación* de las políticas, que sigue representando el aspecto decisivo de la democracia moderna, se ha desvanecido en manos del liberalismo y ha sido suplantada, en el mejor de los casos, por los meros aspectos *técnicos* del funcionamiento de los sistemas políticos y de la democracia.”¹²

Por esta visión tan estrecha de la vida de las sociedades es que se ha calificado esta revolución conservadora, como una “utopía reaccionaria” o como la llamó Fernando Mires una “utopía negra”, sólo posible en sociedades en donde fueran suprimidas todas las

¹¹ Wallerstein, Immanuel, *Después del liberalismo*. México, Editorial Siglo XXI, 1996, p. 171.

¹² Flores Olea, Víctor, *Crítica de la globalidad dominación y liberación en nuestro tiempo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 128.

relaciones sociales y políticas democráticas¹³. Por supuesto esta ilusión es sumamente peligrosa como lo examinaremos más adelante y está hundiendo al mundo en una densa niebla de caos e incertidumbre de toda índole.

Lo que no es globalización

Como toda visión teleológica, la globalización está acompañada por una determinada mitología que le otorga un apariencia y fuerza de ley ineluctable a los postulados propuestos. Es por ello importante esclarecer aquello que la globalización no es, para que aflore su carácter dogmático y sin sentido, su falta de fundamentos reales, y por tanto se exponga de manera clara el carácter peligroso de esta utopía negra.

La globalización no es un proceso de marcha indetenible de la humanidad después de 1989, hacia la homogeneidad cultural bajo la democracia liberal, tal como lo plantea Fukuyama, y que de acuerdo con él, se hace posible por el efecto uniforme en la producción económica que se alcanzaría a través de la ciencia y la tecnología, produciendo un ideal de “democracia liberal que no es posible superar”¹⁴.

Esta idea deriva de la ficción del libre mercado global que plantea que los actuales procesos de transformación tienden a producir los mismos efectos culturales en todas partes. Esto supone que los procesos de modernización de la economía y de integración al mercado mundial, que hoy caracterizan a todas las sociedades del primer, segundo y tercer mundo, pueden dar lugar a un solo tipo de capitalismo, como el que caracteriza al libre mercado estadounidense. Como bien expresa John Gray: “La verdadera historia de nuestro tiempo es prácticamente la contraria de la que da esa versión. La modernización económica

¹³ Mires, Fernando, “La política en tiempos de globalización” en la Revista *NUEVA SOCIEDAD*, No. 163. Caracas, Nueva Sociedad, Septiembre-Octubre de 1999, p. 176.

¹⁴ Fukuyama, *Idem*. p. 11-25 y 75-90.

no es una réplica del sistema de libre mercado estadounidense en el mundo entero. Más bien opera contra el libre mercado y engendra tipos locales de capitalismo que deben poco a los modelos occidentales.”¹⁵

En el mundo están operando sin duda fuerzas inconmensurables de transformación hacia la industrialización y hacia la incorporación en el mercado mundial. Pero ello está muy lejos de estar constituyendo fuerzas homogenizadoras o copiándose en todas las matrices nacionales el modelo norteamericano. Basta ver la evolución del capitalismo soviético después de la caída de la URSS, nada puede estar más alejado de un modelo típico occidental de desarrollo, que esa mezcla de capitalismo salvaje y mafias organizadas, que se mezclan con las sobrevivencias despóticas de la actual Federación Rusa; igualmente pudiéramos plantear en el caso de la República Comunista de China, donde el régimen de despotismo asiático del comunismo chino sirve de soporte a un capitalismo controladamente salvaje como la vía de desarrollo de china, para sólo poner dos ejemplos prominentes; pero ni siquiera en el mundo occidental encontramos tal tendencia hacia la norteamericanización uniforme de la vida económica y cultural, como lo demostró en un estudio comparativo Edward Luttwak, en su libro *Turbocapitalismo*¹⁶. También Albert, en su libro *Capitalismo contra capitalismo*, estableció de manera clara las diferencias entre el capitalismo europeo y el capitalismo Yanqui, y la pugna entre los mismos¹⁷.

Este mito del capitalismo global, adquiere fuerza política y credibilidad con el derrumbe repentino y estrepitoso, pero pacífico e incruento, de las sociedades del socialismo real: la URSS y las democracias populares de Europa Oriental¹⁸. La convicción

¹⁵ Gray, John , *Idem*. p. 14.

¹⁶ Luttwak, Edward, *Turbocapitalismo*. Barcelona, Editorial Crítica, 2000.

¹⁷ Albert, Michel, *Capitalismo contra capitalismo*. Edt. Paidós.

¹⁸ Fukuyama, *Idem*. pp. 55-74

de que el fracaso político y económico del proyecto soviético, su incapacidad para alcanzar los niveles de productividad de las sociedades occidentales y sus niveles de consumo y de bienestar y calidad de vida, más que la redemocratización en América Latina o la desaparición del *apartheid* en sudafrica, son el sustento político e ideológico de la globalización como proyecto universal.

Pero pese a la importancia de la caída del totalitarismo soviético, una ya larga experiencia histórica ha demostrado que no hay ningún modelo político que sea exclusivo o propio a un tipo de economía, o lo que es lo mismo, ningún orden económico posee de por sí una superestructura política particular. Así como el capitalismo industrial ha podido convivir con regímenes democráticos, autoritarios, fascistas y stalinistas, así mismo las llamadas medidas neoliberales, que supuestamente surgen de la globalización, pueden ser aplicadas bajo distintas formas de gobierno. Esas formas distan a su vez de ser un factor secundario, pues de ellas depende el destino de incontables seres humanos.

Como lo señala Fernando Mires, se comete un grave error al interpretar la implosión del socialismo real como un triunfo del capitalismo. Lo que colapsa es un modelo político despótico de gestión económica, porque por lo demás había una complementariedad entre las economías del primer y segundo mundo, que permitían una cierta gestión controlada del conflicto, de las relaciones no sólo económicas sino políticas del mundo. El Muro de Berlín fue una poderosa barrera de contención del desorden que se ha desbordado en la actualidad. Nos dice Mires del fracaso del socialismo real:

“Desde esa perspectiva, el fin del comunismo debería ser considerado como una derrota y no como una victoria del capitalismo. Al mismo tiempo, lógicamente habría que concluir en que la globalización económica ha dado un paso atrás en lugar de avanzar, pues el llamado mercado mundial abarcaba, durante el período bipolar, un espectro social mucho mayor del que ocupa hoy en día. ¡Qué ironías se guarda la historia!”¹⁹

¹⁹ Mires, Fernando, *Idem*. p. 174. En este punto de vista I. Wallerstein, sostiene un punto de vista similar, ver su obra ya citada en el capítulo “La guerra fría y el tercer mundo”

La globalización como capitalismo global también se ha entendido como autonomía supranacional de la economía y el mercado, con lo cual el mercado mundial autoregulado debilitaría las funciones tradicionales del Estado-nación, para ser asumidas por los actores transnacionales, es decir, fundamentalmente por empresas multinacionales y agentes financieros mundializados. Esto nos lleva a la falacia de que existe una economía mundial tan perfecta e integrada que pueda ser capaz de absorber los mecanismos nacionales de regulación y estabilización, como para dar de baja la estructura política del Estado nacional. La disolución de los espacios nacionales en el orden global es otra fantasía de la globalización, como bien lo apunta Aldo Ferrer: “Los espacios nacionales siguen siendo el ámbito fundamental de las transacciones económicas”. En las actividades más globalizadas (industrias como la automotriz, la electrónica y diversos servicios) el mercado mundial es el destino principal de la producción. Esas suelen ser también las actividades de más rápido crecimiento. En ellas, las empresas transnacionales y el crédito externo financian la mayor parte de las inversiones. De todos modos no es ni remotamente cierto que el comando de la mayor parte de los recursos de la economía mundial esté en manos de entidades transnacionales. Es, además, improbable que lo llegue a estar en plazos históricos previsibles²⁰.

Otra cosa es señalar que son los marcos reglamentarios impulsados desde los centros del poder mundial los que establecen las reglas del juego. La internacionalización de los mercados mundiales de capital, es el producto de la desreglamentación de los mercados cambiarios y de los movimientos de capital que se han realizado desde los años

²⁰ Ferrer Aldo, “Desarrollo y subdesarrollo en un mundo global: los dilemas de América Latina” tomado de Emmerij, Louis y Nuñez del Arco, José (Compiladores), *El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI*. Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo, 1998, p. 201.

sesenta. De igual manera sucede con la tarea de la Organización Mundial de Comercio, con respecto a la apertura comercial que se vería modificada si se impusiera, como es la intención el Tratado Multilateral de Inversiones, con nuevas reglas; así también sucedería con los mercados financieros si se aprobara un impuesto como el “Impuesto Tobin”. Pero en todo caso serían las naciones las que impondrían esas reglas de juego y sus alteración. Manuel Castells, en su importante obra *La era de la información*, observa de manera clara lo siguiente:

“La economía global e informacional es, en efecto, una economía altamente politizada. El aumento de la competencia de mercado a escala global tiene lugar en condiciones de comercio gestionado. El rápido cambio tecnológico combina la innovación empresarial con las estrategias deliberadas del gobierno para respaldar la investigación y desarrollar la tecnología. Los países que caen víctimas de su propia ideología ven deteriorarse enseguida sus posiciones tecnológicas y económicas en relación con el resto. De este modo la nueva economía, basada en la reestructuración socioeconómica y la revolución tecnológica, será hasta cierto punto configurada según procesos políticos conducidos por el Estado.”²¹

Este argumento resulta bien contundente contra la globalización que aparenta la sustitución del Estado nacional por agentes transnacionales como las grandes compañías multinacionales, que supuestamente constituyen un gobierno invisible capaces de asumir el gobierno mundial, a través de un proceso “natural y espontaneo” de deterioro y desaparición de las naciones. Todo lo contrario, como lo plantea Castells, las naciones reconfiguran sus roles tradicionales y asumirán las nuevas tareas que exigen las fuerzas de la nueva industrialización y de los correspondientes nuevos pactos sociopolíticos.

Los costos de la globalización

Después de treinta años la globalización ha tenido unas consecuencias nada halagadoras tanto para el destino de la economía mundial, como para la estabilidad de las

²¹ Castells, Manuel, *La era de la información economía sociedad y cultura*. México, Editorial Siglo XXI, 2000, pp. 117-118.

naciones. Hemos visto aumentar los conflictos internos de las naciones como resultado de la desaparición del consenso sociopolítico sobre el empleo y la seguridad social; el ataque al Estado de bienestar como supuesto causante de la inflación por parte de los responsables de la política, influidos por el monetarismo, han debilitado tal vez irreversiblemente lo que fue la mayor conquista política de la segunda postguerra, es decir, la ampliación de los derechos humanos más allá de los postulados por el liberalismo clásico.

La minimización del Estado ha resultado en la práctica una clara movilización del Estado a favor a favor de los grupos económicos privilegiados, y el hecho de que la nueva economía “sin reglamentaciones” ha sido el producto de la acción deliberada del Estado. Este no se ha disminuido sino que ha cambiado su papel, como actor parcial tanto en los países centrales como en los periféricos, con lo cual el régimen de *laissez faire y laissez passer* tiene al Estado como agente y garante de la acción de la libre economía y como su principal impulsor activo en beneficio de quienes detentan la riqueza. No es posible explicar hoy los procesos de apertura económica, la libre movilidad de los capitales de corto plazo, las seguridades al capital financiero, sino es a partir de un Estado como actor a favor de tales fines; como lo señala Víctor flores Olea:

“La función ‘autoasumida’ y ‘autodesignada’ por el Estado consiste, en realidad, en asegurar una desregulación interna (modificaciones legislativas) a fin de disminuir los derechos laborales y mantener (inclusive con mano dura) un orden interno que tiende a exacerbarse por la polarización de la riqueza, la desocupación y el marginalismo creciente, y por la conmoción social que necesariamente traen consigo la concentración de capitales y la drástica disminución de las políticas sociales.”²²

Esta realidad de la globalización ha dejado a la gran masa de los trabajadores aprisionada por las fuerzas ciegas del cambio tecnológico y por las fuerzas políticas de la transformación neoliberal del Estado. Es por ello que vemos crecer el desempleo y la pobreza en todo el mundo, incluso en los países del primer mundo, que han estado más

²² Flores Olea, Victor, *Idem*. p. 127.

expuestos a las fuerzas del cambio acelerado. En los países avanzados, como Estados Unidos, Europa y Japón, se contabilizaban como desempleados 36 millones de personas en 1994. Pero a nivel mundial están registrados como desempleados 800 millones de personas en edad de trabajar, sin contar los desempleados que no aparecen registro alguno; a los que había que agregar 700 millones de personas en edad de trabajar que poseen un salario tan bajo que el nivel de sus ingresos está por debajo del umbral de pobreza establecido por sus respectivos países en esta dramática contabilización no se incluyen a quienes trabajan menos horas de las que quisieran trabajar (los trabajadores a tiempo parcial involuntarios), o los que tienen un puesto de trabajo con un exigencia inferior a su grado de cualificación²³.

Este es el resultado de las exigencias de las brutales transformaciones de los mercados laborales y de la virtual derrota de los sindicatos por obra de las fuerzas neoconservadoras, que ha tenido como consecuencia la flexibilización de los mercados laborales en forma de abaratamiento del despido y precarización del empleo en las diversas formas de empleo parcial. Es cierto que las nuevas tecnologías han sido las mayores impulsoras de la flexibilización en conjunción con las nuevas formas de la competencia, pero no cabe duda de que la tecnología es un instrumento que el hombre controla y cuyo uso debe decidir sin negar que las fuerzas desatadas por la revolución tecnológica se pueden volver por momentos incontrolables. Pero estamos de acuerdo con Manuel Castells, cuando observa que los mayores riesgos para el empleo y la sociedad en su conjunto se producen, cuando se pretende, como en la utopía negra, que las fuerzas del cambio se dejen de su cuenta:

²³ Luttwak, Edward, *Idem.* pp. 142-143.

“El endurecimiento de la lógica capitalista desde la década de 1980 ha fomentado la polarización social a pesar de la mejoría ocupacional. Esta tendencia no es irreversible: puede rectificarse por las políticas deliberadas dirigidas a reequilibrar la estructura social. Pero, dejadas por su cuenta, las fuerzas de la competencia sin restricciones en el paradigma informacional empujarían al empleo y la estructura social hacia la dualización . Por último, la flexibilidad de los procesos y mercados laborales inducida por la empresa red, y permitida por las tecnologías de la información , afecta profundamente a las relaciones de producción heredadas del industrialismo, introduciendo un nuevo modelo de trabajo flexible y un nuevo tipo de trabajador: el de tiempo flexible”²⁴

Mas adelante:

“Y, no obstante, el proceso de transición histórica hacia la sociedad informacional y una economía global se caracteriza por el deterioro extendido de las condiciones de vida y trabajo para la clase trabajadora. Este deterioro adquiere formas diferentes en contextos distintos: ascenso del desempleo estructural en Europa; descenso de los salarios reales, desigualdad creciente e inestabilidad laboral en los Estados Unidos; subempleo y segmentación escalonada de la mano de obra en Japón; informalización y degradación de la mano de obra urbana de incorporación reciente en los países en vías de industrialización; y una marginación creciente de la mano de obra agrícola en las economías estancadas y subdesarrolladas. Como sostuve con anterioridad, estas tendencias no provienen de la lógica estructural del paradigma informacional, sino que son el resultado de la reestructuración actual que sufre la relación entre el capital y el trabajo, ayudada por las poderosas herramientas que proporcionan las nuevas tecnologías de la información facilitada por una nueva forma de organización: la empresa red.”²⁵

Las fuerzas del capitalismo siempre han necesitado de control y regulación para preservar la convivencia civilizada; así lo comprendió la humanidad después de las guerras mundiales y la crisis generalizada de la primera mitad del siglo pasado. Hoy también frente a estas nuevas mutaciones, debe surgir un consenso que permita reestablecer los equilibrios sociopolíticos básicos por encima del egoísmo elevado a valor supremo.

Las consecuencias de la economía política de la globalización

La desaparición del arreglo de Bretton Wood, como consecuencia de la crisis del capitalismo de postguerra y el despliegue de la revolución tecnológica, produjo las condiciones reales e intelectuales para el triunfo de las fuerzas conservadoras lo que significó un cambio en el manejo de la política económica mundial, modificando las políticas de ajuste y estabilización así como sus objetivos: del pleno empleo y el comercio

²⁴ Castells, Manuel, *Idem.* p. 294.

²⁵ *Idem.* p. 303

multilateral, pasamos a la inflación y a la protección de los capitales financieros como objetivos prioritarios. Esto ha dado lugar, como dijera Manuel Castells, a un mundo acosado por la esquizofrenia estructural²⁶.

Mientras el utopismo reaccionario del monetarismo se propone la apertura unilateral del comercio a todo el mundo, se impone un modelo de gestión económica mundial que da lugar a reacciones contrarias y a una tremenda inestabilidad de toda índole. La libertad en los movimientos de capital de corto plazo crea una condiciones de fragilidad para la economía global y tiene unos efectos sobre el comercio que son incompatibles con los objetivos multilaterales propuestos por la Organización Mundial de Comercio (OMC).

Para entender estas contradicciones en la economía global, lo primero que hay que entender son los efectos que produce la convergencia de la crisis del capitalismo y la revolución tecnológica, que podemos simplificar (tomando los aspectos que nos interesa destacar de este muy complejo problema) del modo siguiente: mientras la crisis del capitalismo ha creado una situación de insuficiencia de demanda que se ha venido agravando en las últimas décadas como resultado del creciente aumento del desempleo, precarización laboral, la pobreza, caída del salario real; la revolución de la tecnología ha creado una cada vez mayor capacidad de oferta, con lo que hemos regresado a la crisis keynesiana típica, en la cual es cada vez más problemática la realización de las mercancías. La globalización, como nueva ideología que orienta la política económica global, es una respuesta al manejo de esta situación a favor de los grupos más poderosos y a los capitales financieros, como una manera de garantizar la valorización de estos sectores del capital mundial que se concentran en algunas naciones y que responden a sus intereses nacionales.

²⁶ Castells, Manuel, *Idem*. p. 29.

Esta situación ha creado un ambiente, como bien denuncia Paul R. Krugman, que regresa la economía mundial a clima signado por el fantasma de la Gran Depresión²⁷, en la medida en que el modelo de ajuste que se le impone por igual a los países latinoamericanos, a Rusia, así como también al Japón, ignora de manera deliberada las interconexiones entre la esfera real, productiva y la esfera puramente financiera. Un modelo de ajuste cuya primera prioridad es la inflación, por encima del desempleo y la pobreza, así como los equilibrios sociopolíticos de la naciones, y la protección de los capitales financieros móviles a nivel mundial y que tiene como filosofía de ajuste la contracción de la demanda agregada y el control del gasto del Estado, así como garantizar las transferencias del servicio de las deudas nacionales con la banca internacional. Más que estabilizar la economía mundial ha causado el rebote de nación en nación, de América a Asia, el desequilibrio y el malestar en las economías donde se ha puesto en funcionamiento.

“Las organizaciones transnacionales que supervisan la economía mundial en la actualidad son vehículo de una ortodoxia poskeynesiana. A nivel de los Estados soberanos defienden la idea de que la gestión de las economías nacionales mediante el control de la demanda no es posible ni deseable. Lo único que los libres mercados necesitan para coordinar la actividad económica es un marco que proporcione estabilidad monetaria y fiscal”²⁸

La clave de la perversidad del modelo se encuentra en ignorar o desconocer, a sabiendas, los efectos devastadores que tienen los capitales financieros de corto plazo sobre las economías en los respectivos ciclos de expansión y contracción, que operan del siguiente modo:

Fase expansiva

- Baja de la tasa de interés y rentabilidad en los mercados centrales.
- Búsqueda de oportunidades de inversión de corto y largo plazo en los mercados emergentes.
- Fuerte expansión del flujo de capitales.
- Apertura comercial con financiamiento blando de los desajustes de la Balanza de Pagos, de los déficit públicos y de la revalorización de las monedas nacionales ancladas

²⁷ Frugman, Paul, *De vuelta a la economía de la gran depresión*. Bogotá, Editorial Norma, 1999.

²⁸ *Idem.* p. 17.

formalmente como Argentina y Hong Kong, o de hecho el resto del Sudeste asiático al dólar.

- Fuerte desequilibrio externo, y sólo en algunos casos de tipo fiscal.

Fase contractiva

- Desconfianza de los inversores de corto plazo, con retiro de capitales o ingreso limitado e insuficiente.
- Crisis en un país emergente grande.
- Efecto contagio sobre el resto del mundo en desarrollo con retracción de capitales.
- Fuerte desfinanciamiento y programas de ajuste con caída del producto y **caída del comercio.**

Una vez que los países entran en la fase contractiva, después de fase de disposición fácil de capitales otorgados bajo laxas normas de otorgamiento de créditos que provocan una alta especulación en los mercados bursátiles y en los mercados inmobiliarios, se produce una sobrevaluación de la moneda que lleva a dificultades en el sector externo, un endurecimiento monetario y financiero, precisamente en el momento en que la escasez de dinero se convierte en un empeoramiento de la crisis. El alza de la tasa de interés y las restricciones presupuestarias se han impuesto a manera de receta rígida tanto en México como en los países del Sudeste asiático, aun cuando los problemas del primero eran los déficits del sector público y en los segundos eran problemas del sector privado. Este programa de ajuste afecta severamente al comercio mundial, tal como lo señala claramente Roberto Lavagna, por el siguiente mecanismo:

“El contagio financiero origina retiro de capitales de otros mercados emergentes de la misma zona o aun externos a ella; como mínimo, el mantenimiento de los capitales se logra al costo de una tasa de interés mucho mayor para cubrir un riesgo país incrementado. El impacto comercial directo sobre otros países se da por la mejora en la competitividad, saldo neto después de descontada la inflación posdevaluatoria, con una mayor capacidad exportadora o bien una menor capacidad de compra tanto por efecto de precios relativos como de menores niveles de actividad interna. El impacto comercial indirecto se produce cuando la recesión o el cambio de precios relativos bajan las importaciones o suben las exportaciones, respectivamente, del país que devaluó afectando a un país proveedor, quien, a su vez, se ve necesitado de desviar comercio hacia otras regiones, presionando así sobre terceros países con una ola de bienes exportables, generalmente concentrados en ciertos sectores...La desorganización de mercados que las devaluaciones competitivas han provocado en numerosos países –actores importantes, además, en el comercio mundial- es enorme; y tanto el proceso que generó los desajustes macroeconómicos como

las consecuencias que desató están más ligados a un ‘tipo’ de funcionamiento de los mercados financieros que a datos en la esfera real de la economía.”²⁹

Cada crisis ocurrida desde 1989 hasta la actualidad confirma que esta forma de desenvolvimiento de la economía mundial conlleva a mayor incertidumbre y a una generalización de la recesión mundial como lo prueba la actual desaceleración simultánea de la economía norteamericana, principal locomotora de la economía globalizada, conjuntamente con el menor crecimiento de la Unión Europea y Japón.

Consideraciones políticas finales

En este artículo hemos querido poner de manifiesto que lo que conocemos por globalización es el proyecto ideológico impulsado por los Estados Unidos a favor de sus intereses nacionales, en alianza con los sectores más poderosos del capital mundial, que usan las fuerzas transformadoras en proceso a su favor, utilizando a los organismos multilaterales como los instrumentos de imposición de la economía política globalizadora. No es nuestra pretensión desconocer la existencia de los cambios económicos y sociopolíticos y culturales, que tienen su autonomía relativa y que actúan sobre el Estado y la sociedad provocando mutaciones significativas. Nuestro planteamiento es que estas fuerzas, como la revolución tecnológica, las transformaciones del Estado, tienden, en nuestro tiempo, a tornarse perversas como resultado del modelo de gestión dominante que se caracteriza por su naturaleza autoritaria, ignora deliberadamente los problemas de los

²⁹ Lavagna, Roberto, *Neoconservadurismo versus capitalismo competitivo*. Argentina, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp.59-60. Lo señalado respecto de las devaluaciones competitivas tiene que ver con lo que Lavagna afirma respecto de las recomendaciones del FMI: se incurre en “una falacia de composición, tal como la hubo en las políticas de ajuste recesivo de los ochenta. No se les puede recomendar a todos los países emergentes grandes, más a Japón, simultáneamente, que tengan saldos comerciales positivos cuando el resto del mundo en desarrollo no está dispuesto a soportar déficits.” p. 57. Y más adelante dice lo siguiente: El divorcio entre comercio y finanzas –en sentido amplio del término- carece de sentido y el perfil del comercio en el siglo XXI no es independiente del establecimiento de una relación entre ambas variables. Más aún, una crisis financiera global puede tener efectos tan marcados sobre el comercio como los tuvo la crisis del treinta cuando el volumen del comercio se redujo a una tercera parte.” p. 67.

trabajadores, la desigualdad creciente, la pobreza galopante y lo más grave aun la generalización de la incertidumbre, de la inestabilidad y el caos económico mundial.